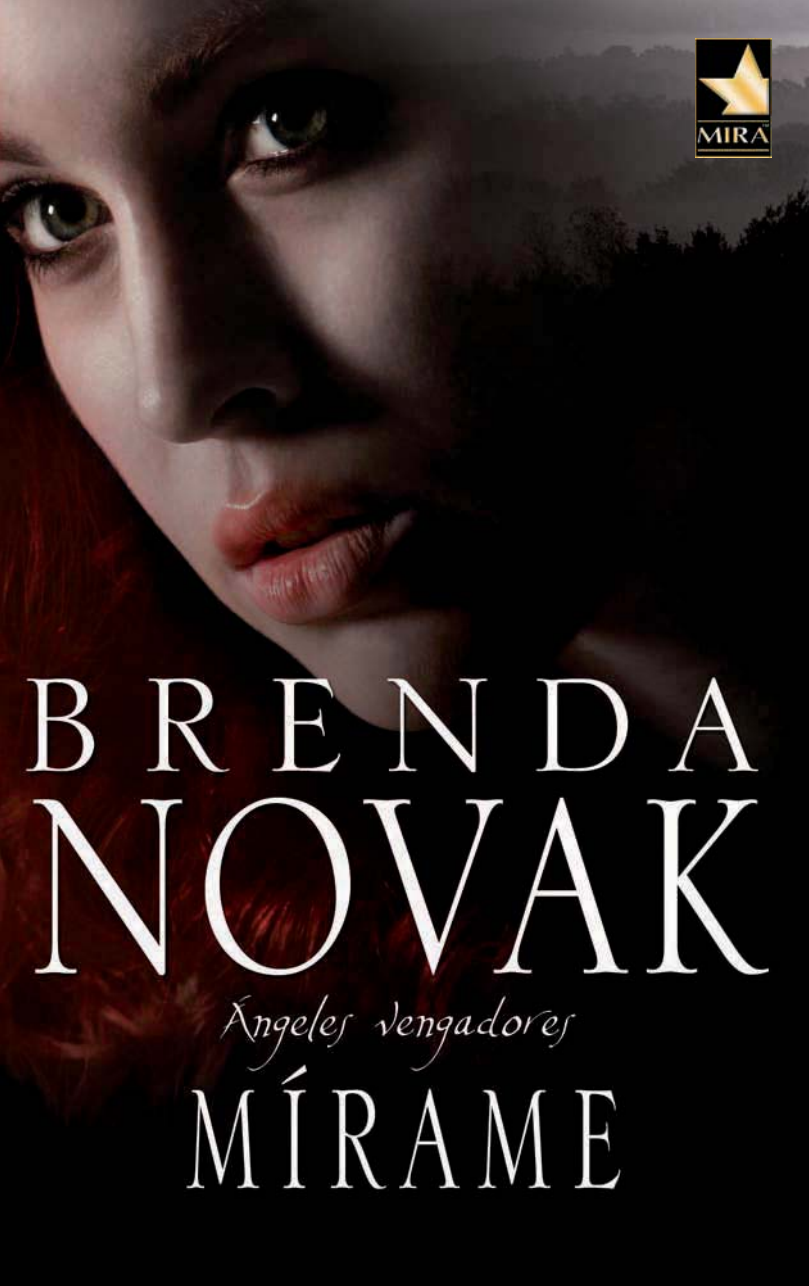

MIRA
BRENDA
NOVAK
Ángeles vengadores
MÍRAME

BRENDA NOVAK

Ángeles vengadores

MÍRAME



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2008 Brenda Novak. Todos los derechos reservados.
MÍRAME, Nº 254 - julio 2010
Título original: Watch Me
Publicada originalmente por Mira Books, Ontario, Canadá.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, logotipo Harlequin y Mira son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-8823-3
Editor responsable: Luis Pugni

La creencia en una fuente sobrenatural de maldad es innecesaria: los hombres son por sí solos capaces de toda perversidad.

Joseph Conrad

1

¿Se había ido?

Sheridan Kohl yacía acurrucada en el suelo; la tierra húmeda mojaba su ropa, su mejilla, toda la parte izquierda de su cuerpo. Sentía en la lengua el sabor acre de su propia sangre, pero el olor fecundo de la densa vegetación que crecía a su alrededor le recordaba a su infancia. Se había criado en el este de Tennessee, en el pueblecito de Whiterock.

Pero no era aquél el recibimiento que esperaba al volver a casa.

Supo por el arañar de una pala que el hombre que la había atacado seguía cerca. Tan cerca que no se atrevió a moverse, ni a gemir.

Tras varias pasadas de la pala, la respiración del hombre se hizo trabajosa, y Sheridan le oyó gruñir de vez en cuando.

Ras... plop. Ras... plop. Le costaba cavar, estaba claro, pero el ruido que hacía era tan rítmico que Sheridan comprendió que hacía progresos. Aunque no era muy

alto, era fuerte; eso Sheridan ya lo sabía. Ni siquiera después de liberarse de la cuerda con que él le había atado las muñecas había podido desasirse de él. Su empeño en defenderse sólo había conseguido ponerlo aún más furioso, volverlo más violento. Sheridan estaba segura de que la habría matado, si no se hubiera quedado inerte.

Se tocó con cuidado el labio de arriba. Lo tenía partido, pero ésa era seguramente la menor de sus heridas. Si no mantenía la cabeza en el ángulo adecuado, la sangre se le metía por la garganta, ahogándola. Un ojo apenas podía abrirlo. Y los golpes brutales que él le había dado en la cabeza la habían dejado aturdida, incapaz de pensar con coherencia. Sabía hasta cierto punto que debía levantarse y huir ahora que él estaba distraído con otra cosa. Pero no podía ponerse en pie, y mucho menos correr. Incluso respirar le dolía.

La promesa de la oscuridad total y el silencio absoluto revoloteaba por los márgenes de su conciencia. Deseaba abrazarla, dejarse llevar a la deriva y dejar atrás su cuerpo quebrantado. Pero una de sus mejores amigas parecía estar a su lado, junto a su hombro, gritándole: «¡Levántate, maldita sea! No lo permitas, Sher. Aprovecha la oportunidad, cueste lo que cueste. ¡Lucha por tu vida!». Sheridan se preguntó un instante si estaba en una de las clases de defensa personal que impartía Skye en la asociación de apoyo a las víctimas que habían creado cinco años atrás.

Pero entonces sintió que la lluvia salpicaba ligeramente sus labios entreabiertos, su frente, sus pestañas. Estaba en el bosque, en plena noche, sola con un hombre cubierto con un pasamontañas.

Y él estaba cavando su tumba.

El ladrido de los perros, que se abalanzaban contra la valla de alambre, despertó a Cain Granger de un

sueño profundo. Se dijo que seguramente era otro mapache, o un zorro, y se volvió para seguir durmiendo. Pero como los ladridos no cesaban comprendió que también podía ser un oso. La semana anterior había visto un par de osos negros por aquella zona. Y cada vez parecían acercarse más a la casa.

–Ya voy –gruñó. Se obligó a levantarse de la cama y se puso unos vaqueros y unas botas de faena. Era pleno verano: hacía demasiado bochorno para molestarse en ponerse otra cosa, incluso en las montañas. Y a los osos les importaría bien poco cómo fuera vestido. Pero cuando agarró la escopeta de dardos tranquilizantes y llegó a la caseta de los perros, no vio un oso ni ninguna otra cosa, al menos por allí cerca.

–¡Callaos!

Los perros dejaron de ladrar, pero no se acercaron a él. Permanecían rígidos como estatuas, husmeando el aire y señalando con el hocico, como si buscaran una presa.

Cain frunció el ceño, extrañado, pero estaba tan cansado que no le apetecía hacer nada. Si el oso no estaba muy cerca, más valía no complicarse la vida. Drogar y transportar a un animal tan grande era una tarea ingente; Cain lo sabía porque trabajaba para la Agencia de Medio Ambiente de Tennessee, y se ganaba la vida haciendo cosas así.

–Me vuelvo a la cama –les dijo a los perros, y echó a andar hacia la casa. Pero Koda, el perro más viejo y también el más listo, profirió un gemido de advertencia que le hizo pararse en seco.

Koda no se asustaba fácilmente.

En lugar de volver a la casa, Cain abrió la puerta del cercado y los tres perros corrieron hacia él, temblando y gimiendo. No ladraban, en cambio: Cain ya les había regañado por hacer tanto ruido.

–¿Qué ocurre? –preguntó, acariciándolos. Solían encantarles sus carantoñas y procuraban disfrutar de

ellas todo el tiempo posible, pero esa noche intentaron colarse entre Cain y la valla para adentrarse en el bosque.

–Esperad –pensaba ponerles las correas, pero Koda no quería esperar. El perro, negro y marrón, corrió hasta el lindero del claro y miró luego atrás, pidiéndole permiso para seguir, y dejó escapar un gemido.

–Si es un oso, te va a dar una buena paliza –le dijo Cain, pero Koda no atacaría a un oso. Solo no. Los perros lo acorralarían hasta que él llegara... y con un poco de suerte se quitarían de en medio si el oso atacaba.

Cain hizo un gesto.

–Está bien –dijo–. Adelante.

Los perros salieron corriendo delante de él.

Cain sacó una linterna del cobertizo y partió tras ellos con un ligero trote, guiándose por el ruido que hacían.

Poco después, sus ladridos cambiaron de tono. Habían encontrado algo.

Cain apretó el paso, alumbrándose con la linterna para sortear obstáculos. La luna llena brillaba con fuerza en el cielo, pero estaba empezando a llover, y le venía bien tener un poco más de luz para moverse entre las sombras de los árboles. El suelo estaba cubierto de tocones, de piñas y ramas caídas. Pero en aquellas montañas no había mucha gente. Por eso a Cain le gustaban tanto.

El ladrido de los perros se hizo más fuerte, más nervioso, cuando Cain se acercó al rincón más alejado de su finca. Lo que había encontrado estaba en sus tierras.

Echándose la escopeta de dardos al hombro por si la necesitaba, Cain se acercó a Koda. Pero no era un oso lo que habían acorralado. No era nada peligroso. Parecían haber rodeado a una muñeca de trapo de tamaño natural.

¿Era una broma? Los chicos del pueblo, con los que de vez en cuando se tomaba una cerveza, eran aficionados a las bromas pesadas...

–Calma –hablaba con voz baja y gutural, advirtiendo a los perros de que se tranquilizaran y retrocedieran. Ellos se apartaron a regañadientes... y entonces fue cuando Cain vio que no era una muñeca hinchable, ni un maniquí, ni ningún otro objeto inanimado. Era una mujer.

–¿Qué demonios...? –fuera quien fuera, estaba malherida. No se movía, no reaccionaba al ruido ni a la actividad que había a su alrededor.

¿Estaba muerta?

Cain escudriñó los árboles sirviéndose de la linterna. Parecía estar a solas con la mujer, pero a unos metros de allí había una pala abandonada y un hoyo a medio cavar. Por lo visto, alguien había asesinado a aquella mujer y la había llevado allí para enterrarla.

Con razón estaban nerviosos sus perros.

–Hijo de puta –debería haberse dado más prisa. Tal vez podría haberla salvado.

Apoyó la escopeta en un tronco cercano, donde pudiera recogerla a toda prisa, ordenó a sus perros que se apartaran y se arrodilló junto a ella. Su muñeca inerme le pareció muy pequeña y frágil al tocarla. El pelo, negro y abundante, le cubría la cara. A pesar de la oscuridad, Cain vio que estaba manchado de sangre fresca.

¿Qué le había ocurrido? ¿Quién era? ¿Y por qué había sucedido aquello?

Cain estaba tan convencido de que estaba muerta que el leve aleteo de su pulso lo dejó atónito. Pero estaba allí: gracias a Dios, estaba allí.

Exhalando un suspiro de alivio, le suplicó en voz baja que aguantara mientras ataba la escopeta al collar de Koda para que el perro la arrastrara hasta casa.

Tenía que ayudar a aquella mujer. Y enseguida.

Pero no había tiempo de montarla en la camioneta y recorrer los más de cien kilómetros que lo separaban del hospital más cercano. Ella no llegaría con vida.

La levantó en brazos con delicadeza y la llevó al claro que había junto a la casa y la clínica veterinaria. En la clínica tendría más sitio, sería más fácil lavarla. Pero por limpia que mantuviera la clínica, no se imaginaba depositando a un ser humano en el mismo lugar en el que atendía a perros heridos y enfermos, a gatos, a caballos y a algún que otro coyote, ciervo u oso. Se decidió por la casa, abrió la puerta con el hombro y llevó a la mujer al cuarto de invitados, donde la tendió en la cama.

Su cabeza cayó hacia un lado, manchando de sangre las sábanas. Pero a Cain no le importó. Nunca había visto a nadie tan cerca de la muerte. Excepto a Jason, uno de sus hermanastros.

Ordenó a los perros que lo habían seguido que se quedaran fuera de la casa, corrió al cuarto de estar y llamó al servicio de emergencias. El helicóptero no podría aterrizar en la zona boscosa en la que vivía, pero Cain podía ir a su encuentro a la granja de los Jensen, justo a las afueras del pueblo, como había hecho dos años antes con un excursionista que sufrió un ataque al corazón.

Sólo tardó un momento en arreglarlo. Luego intentó contactar con Ned Smith, el jefe de policía de Whiterock, pero la telefonista no sabía dónde encontrarlo.

–¿Quieres que despierte a Amy? –preguntó, ofreciéndole una alternativa.

–No –Cain ni siquiera vaciló. Amy era policía, pero también era la hermana melliza de Ned... y su ex mujer. No quería que se metiera en aquello. Ella no tenía experiencia en crímenes violentos. Ni tampoco los otros dos agentes de la pequeña fuerza de policía de Whiterock; por eso Cain no sugirió a la telefonista que buscara a

otro agente. No estaba seguro de que Ned fuera a servir de ayuda, pero a fin de cuentas era el jefe de policía.

–Busca a Ned y dile que se reúna conmigo en el hospital de Knoxville. Lo antes posible.

–¿En el hospital?

Cain no tenía tiempo para explicaciones.

–Eso es.

Temiendo que la mujer a la que había encontrado en el bosque muriera antes de que llegaran al helicóptero, Cain colgó y volvió a la habitación de invitados para recogerla.

–Va a ponerse bien –le dijo.

Le apartó con cuidado el pelo de la cara, le lavó el barro y la sangre... y entonces se dio cuenta, horrorizado, de que la conocía. Hacía doce años que no la veía. Pero se había acostado con ella una vez. Justo antes de que ella se fuera con Jason a Rocky Point.

2

Cuando lo llamaron a la sala de enfermeras, Cain pensó que la telefonista había encontrado por fin a Ned Smith. Pero era Owen Wyatt, el mayor de los dos hermanastros que le quedaban, quien intentaba localizarlo. Cain lo había llamado nada más llegar al hospital, tres cuartos de hora después de que el helicóptero de emergencias trasladara a Sheridan. Tenía que contarle a alguien lo que había pasado. Y por ser el único médico del pueblo y el miembro de su familia al que Cain apreciaba más, Owen era el mejor candidato para echarle una mano en ausencia de Ned.

–He recibido tu mensaje –dijo.

–Deja que te llame desde una cabina.

–Espera... ¿Qué ocurre?

Cain miró a las enfermeras que intentaban trabajar en torno a él.

–Ahora te llamo –no tenía teléfono móvil. En momentos como aquél se arrepentía de no tenerlo, pero donde vivía no había buena cobertura, de modo que no merecía la pena gastarse el dinero en eso.

Cinco minutos después estaba en el vestíbulo, apoyado contra la pared de la cabina, hablando con Owen.

–¿Dónde estás? –preguntó casi antes de que su hermanastro, cuatro años menor que él, pudiera decirle hola.

–¿Qué quieres decir?

–Eran las tres y media la última vez que intenté hablar contigo. Creía que iba a sacarte de la cama. ¿Es que estabas atendiendo una urgencia? –la respuesta de Owen debería haberle sorprendido, pero no le sorprendió.

–Sí, estaba atendiendo una urgencia. Robert llegó borracho y se estrelló contra la caseta de las herramientas de papá. Tuve que sacarlo del Camaro y coserle la brecha que se había hecho en la frente.

El otro hermanastro de Cain tenía problemas con el alcohol y siempre andaba metiéndose en líos. Era el menor de la familia, pero a sus veinticinco años ya tenía edad de valerse solo. Vivía, sin embargo, en una caravana en la finca de su padre y en lugar de buscarse un trabajo se pasaba el día jugando con el ordenador, enganchado a Internet, o de juerga. Cain no se compadecía de él. Tal vez él había sido un gamberro en sus tiempos del instituto, pero vivía por su cuenta desde los dieciocho. Se había pasado los estudios y nunca había esperado que otros le sacaran las castañas del fuego.

–¿Por qué no contestaste cuando te llamé al móvil?

–Lo dejé en el coche. Deberías haber visto a Robert –hizo un ruido de fastidio–. Menudo idiota.

–Eso no es ninguna novedad.

–No. Bueno... ¿qué pasa?

La adrenalina que había alimentado su loca carrera hasta el hospital empezaba a disiparse, y el cansancio iba apoderándose de él.

–Alguien atacó a Sheridan Kohl hace unas horas y la dio por muerta.

Siguió una breve pausa.

–¿Has dicho Sheridan Kohl?

–Sí, eso he dicho.

–Había oído que iba a volver, pero no sabía que ya estaba en el pueblo. Y... ¿quién ha sido?

–No tengo ni idea.

Hubo otra pausa.

–¿Cómo lo sabes? Que está herida, quiero decir.

–La encontré yo. El que la atacó la dejó cerca de la cabaña vieja, en el lindero de la finca.

Owen le sorprendió soltando un exabrupto. Normalmente era más bien mojigato, más dado a las palabras altisonantes que a los tacos.

–¿A qué viene eso? –preguntó Cain.

–Este asunto hace que me sienta incómodo.

Aquello era un eufemismo, y los eufemismos eran mucho más propios de Owen.

–Dímelo a mí.

–¿Has llamado a Ned?

–Claro. Es lo primero que he hecho.

–Bueno, tenía que preguntártelo, teniendo en cuenta lo que sentís el uno por el otro.

Cain había ido al colegio con Ned, pero nunca habían sido amigos. Después del asesinato de Jason, Cain se había vuelto tan autodestructivo que no tenía tiempo para amigos; para amigos de verdad, al menos. Salía más que nunca, ponía en peligro su vida y su salud con absurdas acrobacias, se peleaba con todo el mundo y casi todos fines de semana se enrollaba con una chica distinta. Luego estuvo su breve matrimonio con la hermana de Ned. Aunque sólo fuera por eso, era una pena que los mellizos Smith se hubieran convertido en el cincuenta por ciento de la fuerza policial de Whiterock.

–Lo llamé, pero no pude localizarlo –dijo Cain.

–¿Por qué?

–¿Cómo quieres que yo lo sepa? –una mujer mayor entró en el vestíbulo y se dejó caer en una de las sillas de plástico. Cain se acercó el teléfono a la boca y bajó la voz–. Si quieres la respuesta oficial, no estaba «disponible».

–Seguramente estará con su nueva secretaria.

–¿Con Mona? –por lo que a Cain respectaba, uno tenía que estar borracho y ciego para acostarse con la secretaria de Ned. Ni siquiera se lavaba.

–Supongo. No parece gran cosa, pero por lo que he oído decir, está dispuesta a hacer cualquier cosa. La semana pasada vi que Ned la tocaba cuando ella se estaba montando en su coche, en el Roadhouse –Owen chasqueó la lengua–. Pobre Brian. Tiene que dejarla.

–En mi opinión debería cedérsela a Ned y darle las gracias –la señora del vestíbulo levantó la vista y Cain se volvió hacia la pared.

Owen se aclaró la garganta.

–Sabes lo que pensará la gente cuando se entere de esto, ¿no?

Frunciendo el ceño, Cain se metió las manos en los bolsillos.

–Me importa un bledo lo que piensen.

–Sí, nunca te ha importado. Así que permíteme que te lo recuerde. Sólo hace tres semanas que los Wallup encontraron ese rifle en el sótano de tu cabaña.

El rifle que, según las pruebas balísticas posteriores, era el que había matado a Jason. ¿Cómo iba a olvidarlo Cain?

–Soy consciente de ello. Pero es ridículo. Yo no la he tocado. Ni siquiera sabía que había vuelto hasta que la encontré en el suelo, cubierta de sangre, de tierra y de hojas.

Owen dejó escapar un suspiro audible.

–Eso nadie va a creérselo. Hace una semana que corre el rumor de que iba a volver.

Cain lamentó no haberse cambiado de ropa. El pelo, que empezaba a crecerle demasiado alrededor de las orejas y el cuello, se le había secado, pero los vaqueros estaban todavía tan húmedos que resultaban incómodos.

–Te digo que no me había enterado. Además, hacía doce años que no venía por aquí. ¿A qué ha venido ahora?

–¿Tú qué crees? Alguien le contó lo del rifle.

Cain supuso que había sido Ned. Ned y él eran rivales desde que Cain le rompió el corazón a Amy.

–¿Y por qué iba a volver por eso?

–Porque quiere resolver el caso.

–Querrás decir que quiere que se resuelva.

–No. Cuando Ned me dijo que iba a venir, hice averiguaciones sobre ella en Internet. Forma parte de una asociación de ayuda a víctimas de crímenes violentos radicada en California.

–Entonces, ¿es trabajadora social?

–Más bien activista. Hace unos cinco años fundó esa asociación, El Último Reducto, con otras dos mujeres que también habían sido víctimas de crímenes violentos. Cada una está especializada en una cosa. Según decía su biografía, Sheridan se ocupa de la contabilidad, pero también colabora con investigadores privados, con la policía, con psicólogos, con expertos en defensa personal y qué sé yo qué más para encontrar a personas desaparecidas, proteger a los inocentes, meter entre rejas a criminales y hacer todo lo que haga falta, en resumen. Me dio la impresión de que conoce muy bien el mundo de la justicia criminal, de que es una especie de chica para todo. Le hablé de su trabajo a papá. No puedo creer que no te lo haya dicho.

El hecho de que su padrastro no le hubiera mencionado la inminente visita de Sheridan ni le hubiera dicho a qué se dedicaba puso a Cain un poco nervioso. Antes de que se descubriera el rifle, habría hablado de ello.

–Seamos realistas, ¿qué va a poder hacer? –preguntó–. No ha cambiado nada. Ese rifle desapareció antes de que Jason muriera. Bailey Watts denunció su

robo cinco días antes. Y está limpio de huellas. Seguimos sabiendo tan poco como el día que enterramos a Jason.

–Ned cree que ha encontrado un nuevo sospechoso y está reuniendo pruebas –Owen hizo una pausa–. Y ese sospechoso eres tú, naturalmente.

Cain jugueteó con las monedas que llevaba en el bolsillo.

–Cualquiera podría haber puesto ese rifle en el sótano. La cabaña estaba vacía desde que acabé la casa nueva, hace seis años. Sólo la uso para guardar algunas cosas, o para pasar la noche de vez en cuando.

–No voy a mentirte, Cain. Últimamente, desde que encontraron el rifle, se ha hablado mucho sobre tu estado mental después de la muerte de tu madre. Sobre cómo te comportabas.

Cain se había comportado mal. Él lo sabía, y lo sabía todo el mundo. Pero dado que su verdadero padre se había largado antes de que él naciera sin dejar siquiera una dirección, Cain no había tenido a nadie a quien recurrir tras la muerte de su madre. Se había visto reducido a tener que preguntarle a su padrastro si podía seguir viviendo en la casa hasta que acabara el instituto. John le había dicho que sí, pero había soportado a Cain como a un mal olor.

–Estaba enfadado.

–Te saltabas las clases, te aficionaste a las carreras de coches, pegaste a un profesor que intentó mandarte al despacho del director... Y la gente no suele olvidar esas cosas.

Cain miró con enojo a la señora de vestíbulo, que no había dejado de observarlo desde su llegada, y ella apartó la mirada por fin.

–¿Crees que fui yo quien disparó a Jason? –le preguntó a Owen.

–Claro que no. Te conozco bien, sé que no pudiste

hacerlo. Pero el caso es que otras personas empiezan a dudarlo.

Ned lo había señalado como sospechoso hacía años, pero nadie se había tomado en serio sus acusaciones. ¿Qué había cambiado?

–Ahora, cuando digo, «Cain jamás llegaría a esos extremos», no me dan la razón; lo ponen en duda –estaba diciendo Owen–. La gente hace cosas horribles cuando está confusa.

Cain apretó con más fuerza el teléfono.

–¿Quién dice eso?

–¿Para qué molestarse en dar nombres? Sólo te estoy advirtiendo de que tengas cuidado.

–¿Y cómo voy a tener cuidado, Owen? –Cain sintió que sus cejas se fruncían–. No sabía que ese rifle estaba en mi cabaña. ¿Y qué podía hacer con Sheridan? ¿Dejar que muriera en el bosque?

–Claro que no. Pero... aprovecharán cualquier excusa para culparte. Es lo único que te digo.

Y ahora la sangre de Sheridan no sólo estaba en su ropa: también estaba en su casa.

–Dime que no tienes los nudillos hinchados –dijo Owen.

–Qué más da eso. El que lo hizo no sólo usó los puños. Tuvo que usar un palo. O un bate.

–¿Cómo lo sabes?

La señora se había girado de nuevo para mirarlo. Cain bajó la voz más aún.

–Por las heridas.

–¿Han tenido que usar un garrote para golpear a una mujer de su tamaño? ¿Qué clase de individuo haría eso?

–Uno muy débil, pero peligroso. Uno que quería asegurarse de llevar ventaja y no perderla. Por eso me sorprende que siga viva.

–Tal vez creyó que estaba muerta.

–No había acabado. Huyó al oírme llegar con los perros.

–Entonces fue una suerte que la encontraras en ese momento.

–Y también que ese tipo se hubiera marchado cuando llegué –masculló Cain–. O él también necesitaría un médico.

–Comentarios cómo ése son los que pueden traerte problemas, hermano.

–Hace falta algo más que un comentario dicho de pasada y una prueba circunstancial para acusar a alguien de intento de asesinato. ¿Qué motivos tengo yo para atacar a Sheridan?

La señora del vestíbulo se levantó y se fue. Por lo visto, ya había oído suficiente.

–Ned cree que Sheridan oculta algo –contestó Owen–. Y debido a ello y al descubrimiento de ese rifle, la gente creerá que querías cerrarle la boca.

Cain sintió un escalofrío de alarma. Era cierto: Sheridan ocultaba algo. En ninguna de sus conversaciones con la policía había revelado su breve relación. Cain ignoraba si lo había hecho para protegerlo a él o simplemente pensando en sí misma. Ella sólo tenía dieciséis años y él diecisiete y medio cuando se encontraron en la caravana de Johnson, durante aquella fiesta. Sus padres, muy estrictos y religiosos, la habrían desheredado de haber sabido que estaba con él.

–Dime una cosa –dijo Owen.

–¿Qué?

–¿Sigue siendo tan guapa?

–Con todos esos golpes y esos arañazos, es difícil saberlo.

–Apuesto a que sigue igual. Siempre fue preciosa. Eso fue lo que le trajo problemas a Jason. No había ni un solo chico del pueblo que no la deseara.

Sheridan era el tipo de Jason: una chica integrada,

feliz y muy solicitada. Así que, ¿por qué le había entregado su virginidad a él? Cain no tenía ni idea. Pero no quería pensar en los errores que había cometido. En aquella época era joven y estúpido, y estaba dispuesto a aprovecharse del enamoramiento de colegiala de Sheridan. Después de aquella noche, nunca la había llamado, pero sólo porque sabía instintivamente que al tocarla se había pasado de la raya.

–Lo que le pasó a Jason no fue culpa suya –dijo.

–¿Y de quién fue culpa? –preguntó Owen.

De Cain. Pero no por lo que pensaba todo el mundo.

–Fue una locura. Algo fortuito.

–¿Quieres decir que el culpable guardó ese rifle en tu cabaña?

–Ya te lo he dicho, no tengo ni idea de quién lo metió allí. Además, ¿por qué iba yo a querer matar a mi...? –por primera vez desde hacía mucho tiempo, Cain sintió la necesidad de establecer una diferencia–. ¿A tu hermano? –Jason había sido el hijo perfecto, y Cain todo lo contrario. Cain había envidiado a Jason. Pero jamás le habría hecho daño.

–Por nada. Pero nadie te entiende como te entiendo yo. Sólo saben que has tenido ciertos... problemas. Y tampoco ayuda que la mitad del pueblo tenga miedo de tratar contigo, como no sea sobre asuntos relacionados con animales. Así que están dispuestos a creer casi cualquier cosa.

Hacía años que Cain no perdía los nervios. Pero Owen tenía razón. La mayoría de los hombres procuraban no cruzarse con él. Incluso algunas mujeres mantenían las distancias. De otras, en cambio, no lograba librarse. Había días en que, al salir del camino de entrada a su casa para tomar la carretera del condado, se encontraba a Amy, su ex mujer, sentada en su coche, esperando para verlo pasar.

–Eso no basta para demostrar que haya intentado matar a Sheridan. Owen, si hubiera querido matarla, si fuera capaz de hacer una cosa así, ya estaría muerta. Y enterrada. No habría llamado al servicio de emergencias.

–Teniendo en cuenta lo de ese rifle, Ned sospechará de ti. Eso es todo. Tenlo en cuenta –Owen tosió–. Bueno, ¿cuándo vas a volver a casa?

Cain no lo sabía. Sheridan estaba tan débil que le costaba dejarla allí y marcharse. Dudaba de que se alegrara de verlo, pero en aquel momento no tenía a nadie más.

–Si muere, puede que sea mejor que no estés por allí.

–No va a morir.

Silencio. Luego Owen dijo:

–Espero que tengas razón. Estoy agotado –subrayó aquellas dos palabras con un bostezo–. Será mejor que cuelgue.

–Espera –Cain lo detuvo antes de que colgara–. ¿Papá cree que fui yo quien disparó a Jason? –odiaba la vulnerabilidad que desvelaba su pregunta, y se preparó para lo peor. John Wyatt nunca había aprobado su conducta, ni siquiera cuando Cain sentó la cabeza y fue a la universidad.

–No sé qué piensa –respondió Owen, pero su voz, que carecía de convicción, revelaba la verdad.

3

Era mediodía cuando Cain regresó a casa. Ned se había presentado justo después de que Cain registrara a Sheridan en el hospital y había montado una escena, seguramente para desalentar posibles especulaciones acerca de dónde había pasado la noche. Le había hecho toda clase de preguntas a las que Cain no tenía modo de responder, y se había empeñado en decir a los médicos que se mantendría en contacto con el hospital, esperando el momento en que Sheridan pudiera mantener una conversación.

Cain imaginaba que tendría que esperar varios días. Los médicos la mantenían inconsciente para aliviar su inflamación cerebral. Por suerte no habían tenido que taladrar el cráneo, pero la inflamación podía agravarse, de modo que querían mantenerla absolutamente inmovilizada. Su agresor se había empleado a fondo: además de las lesiones en la cabeza y los cortes y arañazos que le había hecho al arrastrarla por el bosque, tenía el hígado inflamado y un riñón dañado.

Cain no quería marcharse. Tenía la impresión de que la estaba abandonando. Pero no podía soportar al jefe de policía de Whiterock más de cinco minutos, y Ned no se marcharía mientras él estuviera en la habitación.

Era mejor que se fuera a casa. Había acordado en-

señarle a Amy dónde había encontrado a Sheridan, y se había ofrecido a sacar a los perros para ver si encontraban el rastro de su atacante.

Koda, Maximillian y Quijote estaban esperándolo en la puerta de su cercado cuando salió de la camioneta. Gimieron cuando se acercó a ellos: no les gustaba que los dejara solos, pero estaban bien. Si se hubiera quedado más tiempo, habría tenido que llamar a Levi o a Vivian Matherly, sus vecinos más próximos, para pedirles que se pasaran por allí. Pero ese día no había sido necesario.

Como era de esperar, los perros dejaron de quejarse en cuanto levantó el pestillo. Entonces comenzaron a menear la cola y le perdonaron.

–A comer –empezó a llenar sus comederos. Quijote y Maximilian salieron disparados hacia el suyo y se pusieron a comer. Koda aprovechó que estaban ocupados para frotar el hocico contra Cain.

–¿Qué haces aquí? ¿Eh? –le preguntó Cain a su perro favorito, agachándose para acariciarle las orejas–. Sé que tienes tanta hambre como ellos.

Koda contestó con un ladrido y Cain se echó a reír. A veces estaba seguro de que aquel perro le leía el pensamiento.

–Eres el mejor –dijo cuando la lengua cálida de Koda acarició su mano.

El ruido de un motor y de unas ruedas aplastando la grava anunció la llegada de Amy. Llegaba pronto. Cain no había tenido tiempo de ducharse o afeitarse, y le escocían los ojos por el cansancio, pero se incorporó y la miró mientras ella aparcaba.

–Ya has vuelto –dijo Amy al abrir la puerta–. Parece que llego justo a tiempo.

Cain se obligó a saludarla inclinando la cabeza, aunque sospechaba que Amy tenía intención de llegar antes que él para fisgonear por allí. Desde el aborto y

su divorcio posterior, siempre lo estaba vigilando por miedo a que se liara con otra.

Tal vez, si él se interesaba por otra, Amy se daría por vencida y seguiría adelante. Pero hacía tres años que la mujer con la que salía de vez en cuando se había mudado a Nashville con idea de labrarse un futuro en la música country, y desde entonces no se veía con nadie. Cuanto más tiempo estuviera solo, más se haría la encontradiza Amy.

Comprendiendo que había perdido la atención de su amo, Koda ladró una vez más y se acercó corriendo a su cuenco, donde comenzó a devorar la comida como si quisiera alcanzar a los otros dos.

–Tranquilo, que no va a ir a ninguna parte –le reprendió Cain.

Los perros levantaron el hocico y aguzaron las orejas, esperando adivinar su intención por sus gestos, y no sólo por sus órdenes verbales. Cain les hizo señas de que acabaran, y Koda siguió comiendo más despacio.

–Es increíble cómo te obedecen –Amy llevaba puesto el uniforme. Su placa la identificaba como la agente Granger, pero aquel nombre parecía tan poco natural en ella como sus turgencias recién adquiridas. Once años atrás, un embarazo inesperado había forzado a Cain a proponerle matrimonio. Su matrimonio había durado sólo tres meses, pero como nunca la había querido, aquellos tres meses fueron un infierno. ¿Por qué no había recuperado ella su nombre de soltera?

–Para eso están adiestrados –contestó él.

–A mí no me obedecerían así, por más adiestrados que estuvieran. Tienes buena mano con los animales –sonrió amargamente–. Y con las mujeres.

–Amy...

Ella puso mala cara al oír su tono de advertencia.

–No hace falta que digas nada. Estoy aquí por trabajo. Lo sé.

Cain confiaba en que lo tuviera presente. Pero los años de experiencia le decían que su encuentro se deslizaría hacia el terreno de lo personal en algún momento. Como sucedía siempre.

–Deja que me ponga una camiseta limpia y que me cepille los dientes, y enseguida salgo –dijo.

Ella lo siguió con la mirada mientras caminaba hacia la casa. Cain no tuvo que mirar atrás para comprobarlo: sentía sus ojos clavados en él. Siempre los sentía cuando Amy estaba cerca.

–¿Por qué tuvo que hacerse policía? –refunfuñó una vez dentro.

Al ver la sangre en el lavabo y en su camisa recordó los horribles acontecimientos de la noche anterior. Había sido un milagro que los perros le hubieran despertado... y que la persona que había atacado a Sheridan no la hubiera rematado.

Pero Sheridan aún podía morir...

Aquella idea le produjo un estremecimiento de angustia mientras se lavaba la cara y las manos y se cepillaba los dientes. Estaba quitándose la camiseta, camino del dormitorio, cuando oyó a Amy desde el fondo del pasillo.

–¿Puedo ayudarte a preparar a los perros?

Cain se volvió, sorprendido, y advirtió la avidez con que Amy deslizaba la mirada sobre su pecho desnudo. «Mierda».

–No –dijo. Luego entró en el dormitorio y cerró la puerta. Con la suerte que tenía, Amy entraría y se ofrecería también a cambiarle los calzoncillos...

Cuando salió, ella estaba de rodillas, examinando las manchas de sangre de la alfombra.

–¿La trajiste a casa? –preguntó, levantando la vista.

Las palabras de su hermanastro parecieron extrañamente proféticas, dada aquella pregunta de Amy, pero Cain se sacudió el súbito presentimiento que se apode-

ró de él. Había hecho lo que tenía que hacer, lo que habría hecho cualquiera en su situación.

–Unos minutos, sí.

–¿No era evidente que había que llevarla al hospital?

–Era evidente que no llegaría tan lejos y que tenía que llamar a un helicóptero –la miró fijamente, resistiendo a demostrar dudas respecto a su proceder. Amy lo odiaba tanto como lo quería, y podía pasar de una emoción a otra en un segundo. Si iba a culparlo por lo que había hecho, Cain quería que supiera que iba a encontrarse con su oposición. Mejor desanimarla desde el principio, antes de que se inmiscuyera su hermano mellizo.

Por suerte, tomar la ofensiva pareció funcionar. Amy miró la sangre con el ceño fruncido y se levantó.

–¿Estás listo?

Cain tenía hambre. Después de decidir volver a casa y ponerse a rastrear, no se había molestado en pararse a comer algo. El café que había tomado en el hospital estaba abriendo un agujero en su estómago, pero no quería pasar ni un segundo de más en compañía de Amy. Hasta el sonido de su voz se volvía más agudo cuando estaba con él. Y cada palabra que decía le erizaba el pelo de la nuca.

–Vamos –dijo. Ya comería más tarde.

–Ha desaparecido –Cain buscó entre la maleza, cerca de la tumba a medio excavar.

Amy estaba fotografiando el lugar donde había aparecido Sheridan. Cain vio ramas rotas, sangre y hojas manchadas.

–¿Qué ha desaparecido? –preguntó ella.

–La pala.

Amy dejó caer la cámara, que llevaba colgada al cuello, y se acercó.

–¿Dónde estaba?

–Aquí –señaló a la izquierda del hoyo.

–¿Estás seguro?

–No es algo fácil de olvidar.

–¿Cómo es que la viste si era de noche?

–Llevaba una linterna. Pero la habría visto de todos modos. Había luna llena.

–Anoche llovió en el pueblo.

Sus dudas hicieron que Cain rechinara los dientes.

–Por aquí también lloviznó, pero había luna.

–¿Crees que volvió a buscar la pala?

–Alguien se la ha llevado, eso está claro –Cain deseó haber estado allí cuando aquel sujeto volvió. Tenía que ser alguien a quien Sheridan y él conocían. Era inconcebible que un desconocido hubiera intentado matarla en sus tierras unas semanas después de que aquel rifle apareciera en su cabaña.

–Hablemos del móvil –dijo Amy.

Cain silbó para reunir a sus perros, que estaban olfateando los árboles y marcando su territorio.

–¿Qué pasa con él?

–¿Quién podía querer hacerle algo así a Sheridan Kohl?

–No tengo ni idea. Que yo sepa, nadie la había visto ni había tenido noticias suyas desde que se marchó.

–Podría ser una vieja rencilla.

–En el instituto era una chica muy querida. Le caía bien a todo el mundo.

–Jason también –comentó ella.

–Seguramente ha sido la misma persona.

–¿No crees que haya dos personas en Whiterock capaces de hacer algo así?

–Es posible, pero improbable –repuso él–. ¿No te parece raro que Sheridan se haya visto implicada en los dos sucesos?

–Supongo que sí. Pero no podemos descartar nin-

guna posibilidad. Y una de ellas es que sea una coincidencia –intentó en vano domar los rizos rojizos que escapaban de la gruesa trenza que colgaba por su espalda. Aquellos mechones siguieron rodeando su cara ancha y pecosa.

Había habido una época en la que Cain encontraba a Amy ligeramente atractiva, pero de eso hacía muchos años. Antes de la boda. Cuando era más joven y más delgada, y no tenía aquellas ásperas arrugas alrededor de los ojos y la boca, ni aquella mirada de desesperanza.

–No ha sido una coincidencia –insistió Cain–. O Sheridan sabe algo que alguien no quiere que cuente, o tiene un enemigo empeñado en cargársela desde la noche en que les disparó a Jason y a ella –hurgó con el pie en un montón de pinochas y hojas mojadas que había cerca de un grupo de pinos–. Me inclino más bien por creer que la persona que la atacó quería cerrarle la boca. No había ni una sola persona a la que Sheridan no le cayera bien.

Amy titubeó el tiempo justo para convencer a Cain de que se había percatado de su tono respetuoso.

–A mí no me caía bien.

–¿Por qué? Ni siquiera erais amigas. Procedíais de mundos totalmente distintos –Amy pertenecía a su banda de rebeldes; Sheridan, en cambio, era la delegada de clase.

–Teníamos una cosa en común –dijo Amy.

–¿Cuál?

–Tú.

Incómodo, Cain se aclaró la garganta; sabía adónde conducía aquella conversación.

–No sé de qué estás hablando.

–Una noche, en una fiesta, la vieron irse contigo, y cuando volvió tenía el pelo todo revuelto. ¿Vas a decirme que no fuiste tú el motivo?

Ahora Cain comprendía quién estaba alentando la sospecha de que podía estar celoso de Jason y de que tenía, por tanto, motivos para dispararle. Debería haber imaginado que era Amy. Si no podía tenerlo, quería hacerle la vida imposible.

–Sheridan no era de ésas –dijo.

–Puede que no, con otros chicos.

–¿Por qué iba a ser distinta conmigo? –ésa era la gran pregunta, ¿no? Una pregunta a la que nunca había logrado responder. Sabía que Sheridan había estado enamorada de él, pero no podía entenderlo. Él no debería haber atraído a una chica tan formal.

–Puede que te deseara. Puede que estuviera dispuesta a subirse las faldas con la esperanza de que te enamoraras de ella. De que os hicierais novios.

–Basta –aquello sonaba un poco demasiado autobiográfico, viniendo de Amy. Y su experiencia con Sheridan no había tenido nada que ver con lo que insinuaba Amy. Sheridan no había intentado manipularlo; al menos, esa noche. Entre ellos había habido algo sincero y puro. Por eso, posiblemente, luego no la había llamado. Ella había sido la única chica que amenazaba esa parte de su ser que se esforzaba por proteger tras la muerte de su madre.

–Apenas conocía a Sheridan.

–Entonces no te acostaste con ella.

–Eso no es asunto tuyo.

Ella arqueó una ceja.

–Las evasivas resultan sospechosas, ¿sabes?

Amy lo había acorralado. Si mentía y Sheridan decía la verdad, daría la impresión de que había mentido en todo lo demás: en el tiroteo, en la paliza de esa noche. Pero no podía evitar defender la reputación de Sheridan. Se negaba a revolcar por el barro lo que había sucedido entre ellos para que todo el pueblo hablara de ello. Sobre todo ahora que Sheridan había vuelto

y tendría que vérselas con las habladurías y con los reproches que llevarían aparejadas.

–No me acosté con ella, ¿vale?

Una gruesa capa de rímel, demasiado oscuro para su piel blanca, cubría las pestañas de Amy, en agudo contraste con el azul claro de sus ojos.

–Me cuesta creerlo.

–¿Por qué? –le espetó él, levantando el escudo de insolencia que solía acudir en su auxilio en momentos así.

–Porque algunas mujeres harían cualquier cosa por ti.

La pasión que se ocultaba tras aquellas palabras le hizo pensar que Amy le estaba haciendo una oferta. Si volvía con ella, se convertiría en su más ardiente defensora y las sospechas que lo rodeaban se disiparían. Pero Cain no estaba dispuesto a aceptar el trato. Sus sentimientos por Amy no habían cambiado. Nunca cambiarían.

–Sheridan no –dijo.

Amy le sostuvo la mirada, pero sus ojos estaban tan cargados de deseo que Cain tuvo que mirar para otro lado. Y entonces fue cuando lo vio: un trozo de madera tirado entre los árboles, tras ella. Tenía una sustancia oscura, casi negra, en uno de sus extremos. Parecía sangre seca.

–Acabo de encontrar el arma del delito –dijo, asombrado por la facilidad con la que había aparecido de pronto aquel objeto, a pesar de que su búsqueda activa no había dado ningún resultado.

Una expresión de desilusión cubrió el semblante de Amy, convirtiéndose de inmediato en un odio reconcentrado y afilado como un cuchillo. Pero Cain estaba acostumbrado a la volubilidad de sus emociones, y estaba más interesado en lo que había encontrado.

Echó a andar hacia el trozo de madera, pero Amy estaba más cerca. Llegó primero y lo movió con el pie.

–¿La golpeó con esto?

Para alivio de Cain, parecía haber recuperado hasta cierto punto el dominio de sí misma.

–No usó sólo los puños.

–El hecho de que usara un arma que encontró por casualidad indica que no tenía en principio intención de matarla.

–Tenía una pala. Yo no llevo una pala en mi camioneta. ¿Tú sí?

Amy se agachó para recoger el madero, pero él la detuvo.

–Déjalo.

–¿Por qué?

–Seguramente lo dejó ahí para tener las manos libres y ponerse a cavar. Luego oyó a los perros.

–¿Y qué importa que lo toque? No pueden extraerse huellas dactilares de un leño –se agachó, separó de la corteza un largo mechón de pelo negro y lo levantó.

Al ver el cabello de Sheridan y la sangre en el extremo del garrote, Cain se acordó de Sheridan tendida en el suelo... y de la sensación de apretarla contra su pecho desnudo, inerte entre sus brazos.

–Tendrá el olor del agresor.

–Y el de ella –respondió Amy–. ¿Cómo van a distinguir los perros entre los dos?

–Del mismo modo que distinguen entre todos los demás olores –Cain se arrodilló a su lado, llamó a sus perros y dejó que olieran el palo. Luego les dijo que buscaran y los mandó al bosque.

Koda encontró enseguida el rastro. Condujo a los otros colina arriba, lo cual sorprendió a Cain. Esperaba que los llevara hacia el este, en dirección a la carretera.

Corrió tras los perros, con Amy tras él. Ella sólo lo alcanzó cuando Cain se detuvo a examinar varias pisadas impresas en el barro de la orilla del arroyo Old Cache.

–Cruzó por aquí –dijo, y ordenó a los perros que hicieran lo mismo.

A Maximilian no le gustaba el agua. Se quedó rezagado hasta el último momento, pero se lanzó al agua al ver que hasta Cain iba a vadear el arroyo.

–¿Qué hacía ese tipo aquí, tan arriba? –gritó Amy tras ellos.

Cain no respondió. Escudriñó la zona mientras cruzaba el arroyo, intentando pensar como el hombre que se había servido de aquel garrote.

–Puede que sea un vagabundo que acampó en estas montañas –sugirió ella, respondiendo a su propia pregunta.

No, era alguien de Whiterock. Cain lo notaba en las tripas. La muerte de Jason, el rifle, la paliza... Tenía que haber algún vínculo.

–No estaba acampado. Huyó por aquí porque pensó que iría tras él.

–¿Y fuiste tras él?

–No, fui a pedir ayuda. Seguramente, al darse cuenta de que no lo había seguido, volvió a la carretera dando un rodeo y se marchó en su coche.

–Puede que se cayera y esté todavía por aquí, herido –dijo Amy.

Cain hizo una mueca al pensar que Amy era la mejor agente que podía ofrecer la policía de Whiterock.

–Si fuera así, no habría vuelto a buscar su pala.

El rubor de sus mejillas camufló en parte las pecas de Amy cuando se limpió el sudor de la frente y siguió avanzando por la ribera del arroyo que acababan de cruzar.

–Entonces esto es una pérdida de tiempo. Creo que deberíamos ir a la carretera y buscar huellas de neumáticos antes de que pasen otros coches que las borren todas.

Al ver que echaba a andar en aquella dirección, Cain llamó a los perros, pero sólo Maximillian y Qui-

jote se reunieron con ellos. Cain silbó, llamando a Koda, pero el perro tardó aún un minuto o dos en volver. Con la cabeza y la cola gachas, se detuvo por fin a unos pasos de Cain. Pero Cain se dio cuenta de que se había retrasado con motivo.

–¿Qué es eso, pequeño?

Koda avanzó despacio, con la cabeza todavía agachada, y dejó caer un objeto brillante a los pies de su amo.

Cain miró hacia atrás y vio alejarse a Amy. Por una vez, no estaba vigilándolo. Estaba llevando a Maximillian y Quijote hacia el camino de tierra que pasaba junto a la casa de Levi Matherley.

Manteniéndose de espaldas a ella, Cain se agachó para recoger aquel objeto brillante. Confiaba en que fuera una joya perteneciente al hombre que había atacado a Sheridan, y que pudiera conducirlo a su dueño.

Pero al ver lo que era se quedó boquiabierto. Era su propio reloj. El que había dejado en la mesilla de noche antes de irse a la cama, la noche anterior.

–¿Vienes? –preguntó Amy.

Cain se guardó el reloj en el bolsillo. El hombre que había estado a punto de matar a Sheridan había estado en su casa mientras él la llevaba al hospital.

4

Sheridan no podía abrir los ojos. La luz era demasiado blanca, demasiado deslumbrante. Pero estaba segura de no estar viviendo una experiencia cercana a la muerte. No había túnel, ni una figura amorosa, semejante a Cristo, esperando para recibirla con los brazos abiertos. El aire era frío, oía movimiento y voces lejanas, y notaba un olor a antiséptico mezclado con... ¿una pizca de colonia?

Levantó los párpados ligeramente y al mirar por entre las pestañas vio paredes cubiertas de papel azul y amarillo. La vía que salía de su brazo, el televisor suspendido del techo, las barandillas de la cama y la bandeja con ruedas colocada junto a sus pies indicaban que estaba en un hospital. Ignoraba en cuál. Pero eso le parecía menos importante que el hecho de no estar sola.

Había un hombre de pie junto a la ventana, mirando hacia fuera. Sheridan estaba casi segura de que era él quien desprendía aquel olor a colonia.

Había algo perturbador en aquel perfume, en la presencia de aquel hombre...

¿Lo conocía? Le resultaba vagamente familiar. Pero no recordaba dónde lo había visto, ni cuándo, ni cómo se llamaba. Tenía el cabello oscuro y crespo, y una constitución delgada y musculosa, de anchas espaldas

y piel dorada por el sol. Sus brazos bien tonificados asomaban por debajo de las mangas cortas de la camiseta y los vaqueros le sentaban mejor que a ningún hombre al que ella hubiera visto antes.

Dudaba de que hubiera reparado en aquel detalle si estuviera a las puertas de la muerte.

Él cambió de postura, pareció verla por el rabillo del ojo y se volvió.

Sí, claro que lo conocía. Jamás podría olvidar aquella cara. Era Cain Granger.

–Gracias a Dios –susurró él, y se acercó inmediatamente.

El alivio y la preocupación que demostraba hizo que Sheridan se preguntara si se había perdido el capítulo en el que se hacían amigos.

–¿Qué... qué ha pasado? –le costó hablar; tenía la garganta tensa y rasposa, pero ya no le dolía. Una especie de ingrávida euforia había ocupado el lugar del dolor, indicio seguro de que se hallaba bajo los efectos de potentes medicamentos.

Cain tomó su mano y jugueteó con las puntas de sus dedos, como si se conocieran mucho mejor de lo que se conocían en realidad.

–¿No te acuerdas?

Sheridan no podía ensamblar la historia por completo, pero fragmentos de diversas escenas cruzaron velozmente su cabeza: unas botas llenas de barro, una pala, la lluvia... Eran malos recuerdos. Y luego había uno que, salvo por el dolor, no estaba nada mal: un pecho sólido como una roca, unos brazos fibrosos rodeándola, una cama mullida y el mismo olor que había sentido al despertar, un momento antes.

–Tú... yo... estaba en tu cama.

–Sí. Estuviste un momento.

–Pero... no fuiste tú quien... quien me hizo esto –luchó contra la confusión que la embargaba.

Una expresión de ira realzó el verde tormentoso de los ojos de Cain.

–No. Yo te encontré cuando ya estabas herida. Después de que huyera la persona que te hizo esto.

–Ah –tenía sentido. Había visto la cara de Cain en algún momento. Y había oído un helicóptero.

–¿Te acuerdas ahora? –preguntó él.

Parecía ansioso por que lo tranquilizara, pero antes de que pudiera ordenar las imágenes dispersas que flotaban por su cerebro, un hombre más bajo y recio apareció en la puerta, vestido con uniforme policial.

–¡Vaya! ¡Pero si se ha despertado! –exclamó, quitándose su sombrero de vaquero al entrar en la habitación.

Sheridan se habría sorprendido si hubiera visto a un policía con aquel sombrero en California, pero allí no era tan raro. Habría sonreído, pero el músculo que vibraba en la mandíbula de Cain la advirtió de que a él no le agradaba la visita. Cain soltó su mano y se apartó.

–¿Ned? –dijo ella, dudosa.

–Hola –mientras sujetaba el sombrero con una de sus manos gordezuelas, apoyó la otra en la barandilla de la cama y sonrió, dejando entrever el hueco que siempre había tenido entre los dientes. Su hermana melliza tenía uno igual, a menos que se lo hubiera arreglado desde la última vez que Sheridan la había visto–. ¿Cómo te encuentras, señorita?

Sheridan miró a Cain, pero él no estaba observándolos. Había vuelto a ocupar su puesto junto a la pared y estaba de nuevo mirando por la ventana con expresión pensativa. Sheridan veía su perfil: el largo arco de sus pestañas morenas, la barbilla prominente y descarada, la nariz recta y los labios bien formados...

–¿Sheridan?

Apartó la mirada de Cain.

–¿Sí?

–¿Cómo te encuentras?

–Mejor. Creo. ¿Qué me pasa?

–No mucho, ya. El médico dice que te estás recuperando perfectamente. La inflamación cerebral ha bajado. Tienes algunas lesiones internas, pero eso también se arreglará.

–¿Cuánto tiempo llevo en el hospital?

–Una semana.

Parecía una eternidad.

–¿Dónde están mis padres?

–No lo sé. Hemos intentado localizarlos, pero el teléfono de su casa en Wyoming... Es Wyoming, ¿verdad?

Ella logró asentir cuidadosamente con la cabeza.

–Nadie contesta.

¿Por qué?, se preguntó Sheridan. Sus padres siempre estaban allí, fiables como la lluvia.

Entonces se acordó. Se habían ido a hacer un crucero de dos semanas por Alaska. Querían viajar un poco antes de que su hermana pequeña diera a luz, o sea antes... Sheridan había perdido la noción del tiempo. No sabía cuándo debía nacer el bebé.

–Están de vacaciones –dijo.

–Eso lo explica todo.

Una mano de hombre empuñando un madero cruzó con un fogonazo la mente de Sheridan. Pero aquello tenía que ser parte de un sueño...

–¿Qué me ha pasado?

–Alguien te atacó. Por eso estoy aquí. Soy el jefe de policía de Whiterock.

¿Alguien la había atacado?

Aquel hombre armado con un garrote reapareció en su mente. Evidentemente, no era un engendro de su imaginación. La habían atacado en otra ocasión, hacía años, pero en circunstancias muy distintas. ¿Cómo era posible que hubiera vuelto a sucederle?

Quizás esta vez pudiera hacer justicia.

–¿Sabéis quién fue? –preguntó.

Los labios de Ned formaron una línea plana y dura.

–No exactamente. Pero tenemos nuestras sospechas.

Aquello no era ningún consuelo. No lo sabían, lo cual significaba que la situación de doce años atrás volvía a repetirse: más dudas, más esperas, más esperanzas frustradas.

–¿De quién sospechas? –preguntó, pero Cain interrumpió la conversación.

–De quien no debe. Perder el tiempo, eso es lo que está haciendo.

–Pronto lo averiguaremos, ¿no crees? –dijo Ned–. Seguramente esta vez Sheridan vio algo más.

¿Confiaban en que ella pudiera ser de alguna ayuda? Una extraña ansiedad se apoderó de Sheridan. No podía identificar al hombre que la había atacado. No recordaba nada. Al menos, nada claro, ni ordenado. Nada que tuviera sentido o que apuntara hacia los motivos o la identidad de su agresor. Sólo aquellas imágenes perturbadoras y rocambolescas.

–Creo que no –dijo débilmente.

–Cuéntame todo lo que recuerdes desde que llegaste al pueblo, cariño.

Sheridan buscó un punto de partida, un hilo que seguir hasta el momento en que todo se torció. Ahora vivía en Sacramento y trabajaba en El Último Reducto, la asociación de apoyo a las víctimas de delitos violentos que había fundado cinco años antes junto a sus amigas Skye Willis y Jasmine Stratford. No, Stratford, no. Jasmine se había casado y desde hacía un tiempo vivía en Nueva Orleáns con su marido.

Estaba tan confusa...

–¿Por qué volví a Whiterock? –preguntó. Tal vez, con un poco más de información, podría aclarar lo sucedido...

–Quisiste venir cuando te llamé para contarte lo del rifle –respondió Ned, pero Sheridan no recordó nada.

–¿Sí?

–Dijiste que habías aprendido alguna que otra cosilla sobre investigación criminal desde que te fuiste del pueblo y que querías ayudarme a resolver el asesinato de Jason Wyatt. De eso hace tres semanas.

Sheridan no recordaba lo sucedido hacía tres semanas, pero recordaba a Jason. Esa parte del pasado regresó de golpe, como una película de terror acelerada: el hermanastro de Cain rodeándola con el brazo en la camioneta empañada, intentando besarla; su resistencia a dejarle; cómo había limpiado el vaho de la ventanilla con la mano, confiando en ver a Cain; y luego la puerta abriéndose de repente...

Apretó los ojos con fuerza cuando el cañón del rifle se materializó en su cabeza. «Basta. Basta. ¡Basta!». No estaba lista para revivir esa pesadilla.

–¿Sheridan? –insistió Ned.

El sudor humedecía el valle entre sus pechos.

–Yo... todavía me siento rara –murmuró–. Quizá... quizá deberías venir luego.

Cain se volvió. Sheridan notó que la observaba atentamente, valorando la situación con aquella mirada atenta y sigilosa. Había cambiado un poco; era más corpulento, más robusto, de contornos más duros. Pero conservaba aquel aire misterioso y distante.

Ned soltó la barandilla de la cama y empezó a dar vueltas al sombrero entre las manos.

–¿Cuándo? –dijo–. No sé si eres consciente de ello, cariño, pero este hospital está a ciento doce kilómetros de Whiterock.

–Deja de llamarla «cariño» –gruñó Cain–. ¿Y qué pasa si tienes que hacer otro viaje? Sheridan no necesita que la presiones. Bastante mal lo ha pasado ya.

Sheridan se alegró de que alguien la defendiera.

Necesitaba que alguien le sirviera de amortiguador. Pero también comprendía la impaciencia de Ned. Éste tenía que llevar a cabo una investigación, y esperaba que ella reaccionara como la profesional que decía ser y no como la víctima en la que se había convertido.

De algún modo, por angustioso y terrible que fuera, tenía que escarbar en los recuerdos borrosos que rodeaban aquel suceso. Pero no podía inventarse una lucidez que no tenía.

–¿Puedes contarme algo más? ¿Algún detalle que me ayude a recordar? –preguntó.

–Cain te encontró cerca de una tumba a medio cavar, en el bosque, cerca de su cabaña. Estabas tan malherida que pensó que habías muerto.

Sheridan recordó, sí. Apenas podía respirar.

–Yo...

–Maldita sea, Ned –la atajó Cain–, dale un respiro.

El buen talante de Ned se disipó por completo.

–¿Para que puedas hablar tú con ella primero? –le espetó, y el tono nasal de su voz se hizo más marcado–. ¿Hacerle creer cosas que no sucedieron? ¿Crearle recuerdos falsos? ¡Ni lo sueñes!

En circunstancias normales, Sheridan habría contestado que nadie podía jugar con su memoria de esa forma. La verdad estaba ahí; sólo se hallaba temporalmente encerrada dentro de su mente. Pero se sentía tan insegura que no pudo llevarle la contraria.

–Voy a necesitar un poco de tiempo –dijo.

A Ned no le agradó su respuesta, pero la tensión que reinaba en la habitación no se debía a Sheridan. Entre Cain y Ned había alguna clase de rencilla. Pero ¿por qué? Se conocían desde el instituto, aunque nunca habían sido amigos. Apenas se...

–Te casaste con ella –dijo Sheridan, resolviendo por fin un pequeño misterio.

Cain sabía de qué y de quién estaba hablando. She-

ridan lo vio en su cara. Pero Ned seguía concentrado intentando obtener respuestas y no se percató enseguida.

–¿Cómo dices? –dijo con el ceño fruncido.

–Con Amy –explicó ella–. Tina Judd me escribió un año después de que me fuera del pueblo –antes de que su madre le exigiera que pusiera fin incluso a esa relación–. Me dijo que Cain se había casado con tu hermana. Sois cuñados...

–Fuimos cuñados –la interrumpió Cain–. Amy y yo estamos divorciados.

A Sheridan no le sorprendió. Amy nunca había encajado con él. Era demasiado acaparadora. Aunque, por otro lado, Sheridan no estaba segura de que hubiera alguna mujer que encajara con él. Cain ejercía demasiado poder sobre sus relaciones de pareja; al menos, sobre las que ella había conocido.

–No estabas hecho para el matrimonio –en cuanto lo dijo, se dio cuenta de que posiblemente debería haberse mordido la lengua, pero, con la medicación, su cerebro no había detenido a su boca a tiempo. Y una vez dicho, no podía retirarlo.

Cain la miró levantando una ceja mientras Ned se reía.

–Creo que te conoce mejor de lo que pensaba –comentó.

Sheridan ignoraba si el comentario era apropiado o no, pero se alegró de poder rememorar el pasado, aunque aquélla no fuera la parte que más necesitaba recordar.

–Los perros, eso era lo que te gustaba de verdad, ¿no? Los animales.

Cain entregaba su corazón a sus mascotas, pero su cuerpo era un asunto bien distinto. Había empezado a ir con chicas muy joven...

Y sin embargo... Sheridan recordaba aún lo dulce y